

Escuelas Profesionales Salesianas

Paseo San Juan Bosco, 74 · Barcelona-Sarriá



Carísimos Hermanos: el día 14 de enero de 1962 se presentaba ante Dios el siervo bueno y fiel

Don GASPAR MESTRE BELTRAN

coadjutor, para devolverle centuplicados los talentos que de Él recibió.

Un día consagrado a la Santísima Virgen, el 24 de mayo de 1900, Ella lo traía al lado de Don Bosco. La casa solariega de los Salesianos de España, Sarriá, abría sus puertas para acogerle. Lo recibía en nombre de nuestro Padre el Director de la Casa, el benemérito salesiano don Manuel Hermida. Aquel mismo día tuvo ocasión de besar la mano del Siervo de Dios don Felipe Rinaldi, por aquel entonces Inspector de España.

Había nacido el año de la muerte de Don Bosco, el 1888, y el mismo día del tránsito al Paraíso de Domingo Savio: 9 de marzo. Fue en Forcall (Castellón de la Plana), de padres cristianísimos. Cuatro años estuvo en Sarriá aprendiendo el oficio de tallista y los rudimentos de la vida salesiana. De cómo aprovechó su aprendizaje dan testimonio las numerosas obras de arte

que ha dejado detrás de sí y el florecimiento y buen nombre de los talleres de Arte Sacro de Sarriá durante el tiempo que los dirigió. De su adelanto en la virtud nos habla el recuerdo que de él guardan sus condiscípulos, hoy ya entrados en años, al decirnos que «era el Domingo Savio de Sarriá» y que se hablaba de él con la misma admiración y veneración con que lo hacían en el Oratorio de Valdocco los compañeros de nuestro pequeño Santo.

La sencillez y la bondad de su corazón inocente habían encontrado un ambiente óptimo en la casa de Sarriá donde se conservaba, —y se conserva—, fresco el perfume del paso de Don Bosco, celosamente guardado por aquellos salesianos de primera hora que el Santo envió a España.

En tierra tan fértil y con tal clima, pronto germinó la semilla de la vocación. En septiembre de 1904, apenas cumplidos los 16 años, comenzó en Sarriá el noviciado coronándolo con la profesión trienal a la que siguió el 8 de septiembre de 1909 la consagración definitiva que había de prolongarse, alcanzando la plenitud, más allá de la muerte. Se había abierto un paréntesis que había de durar toda la vida, —más de 60 años—, al servicio de Dios y de las almas en la Congregación Salesiana.

La vida del señor Mestre fue un darse sin interrupción ni medida hasta el agotamiento. Un olvido de sí mismo para hacer más efectiva la entrega hecha al Señor por la profesión religiosa.

Toda su vida, a excepción de un curso pasado en Campello como profesor de dibujo y el período de la Cruzada Española, transcurrió en Sarriá donde, primero al lado de aquellos grandes coadjutores que fueron don José Recasens y don Ángel Ramos, éste mártir de España, y después como jefe de taller, modeló el barro y las almas de muchas generaciones de alumnos que le recuerdan con gratitud, cariño y veneración.

Fiel reflejo de la estima que sentían por él sus antiguos alumnos fue la petición espontánea de todos ellos al Ministro del Trabajo, de la concesión de la medalla del Trabajo, que le fue otorgada el 23 de diciembre de 1950. Como queriendo condensar en pocas palabras la labor artística, profesional y educativa de tan fiel hijo de Don Bosco, decían en la solicitud: «... con su labor callada, constante, metódica, ha llevado el nombre de España en su aspecto artístico, allende las fronteras, ya que ha mandado sus obras artísticas (retablos, altares, esculturas) a todas las partes del Globo; pero especialmente a la América Española. De sus manos ha salido el Salón del Trono (de puro estilo Luis XIV) y los dos vestíbulos (uno de estilo Barroco y el otro Renacimiento) del Palacio Real de Pedralbes; el altar mayor de Nuestra Señora de la Gleva y de Santa María de Centellas (de estilo Barroco); el del Santo Espíritu de Tarrasa...; la reconstrucción de todos los altares de la Parroquia de Almendralejo, de cuyo retablo dijo el Dr. Marañón que era lo «más grandioso y notable que se había hecho después de la Cruzada de Liberación»; los cuadros plásticos que figuran en varios altares de la citada parroquia, de gran

valor teológico ; la que fue habitación del Santo Fundador de la benemérita Congregación Salesiana, en Barcelona, convertida en artística capilla de estilo plateresco ; los altares de la Cripta del Templo Nacional Expiatorio del Sagrado Corazón de Jesús en la cumbre del Tibidabo (de puro estilo románico), etc.»

Pero la obra más valiosa del carísimo Hermano fue la recia personalidad que él mismo se labró, hecha de piedad y amor a la Congregación.

Una piedad sencilla a la par que profunda que le llevaba a cumplir todas las prácticas con fervor y regularidad, pasando largos ratos a los pies del Sagrario. Tan profundas fueron las raíces que esta virtud echó en su alma que ni en los años que la enfermedad le privó de la memoria dejó de cumplir sus deberes piadosos. Manifestación fiel de esta vida de piedad fue la exactitud y amor con que cumplió su deber. Dotado de una gran capacidad de trabajo fue formidable y competente trabajador. Admira ver cómo un hombre que recibió tan escaso bagaje de formación artística y profesional en su adolescencia, haya podido llenar con tanta brillantez su cometido al frente de la Escuela de Arte Sacro de Sarriá y dominar tan bien su arte. Su amor al trabajo y el deseo de capacitarse que le llevó al escrupulo en el aprovechamiento del tiempo, nos dan la clave del éxito.

Como religioso salesiano fue fiel observante de la Regla, preciso en la puntualidad, heroico en la pobreza. Quienes, por razón de oficio, le acompañaron en los numerosos viajes hechos para montar altares o realizar otros trabajos profesionales, están acordes en afirmar que cumplió bien su voto de pobreza no gastando en cosas superfluas o tal vez permitidas en los viajes, el dinero recibido para los mismos, viajando siempre en la clase más económica. Quienes vivieron a su lado corroboran el testimonio de esta pobreza evangélica que le hizo vivir con perfecta alegría las palabras de San Pablo : «Teniendo, pues, con qué sustentarnos y con qué cubrirnos, contentémonos con esto». En su ajuar, después de muerto, se encontró lo estrictamente indispensable. Nada superfluo.

Si todo esto no bastara para dar prueba de su amor a la Congregación de Don Bosco, bastaría recordar su actuación durante la Cruzada Española. De él leemos en *Lauros y Palmas* : «Don Gaspar Mestre, al no poder salir de España, se quedó en Gerona, dedicando su incansable actividad y todas sus energías a proporcionar facilidades a otros para que pasaran a la zona nacional». ¡Cuántas veces expuso su vida! ¡Cuántos Hermanos nuestros deben a su trabajo el haber podido salir del infierno rojo!

De complexión robusta, naturaleza fuerte, no supo lo que era la enfermedad. Pocos años antes de su muerte Dios lo quiso probar para que, fruto maduro, sazonara para el Cielo. Aquel cerebro que tanto había trabajado proyectando sobre el papel jugando con la geometría del gótico o la ampulosidad del barroco, aquella fantasía que tantos tronos había creado para Dios, comenzó a paralizarse. Una amnesia progresiva le alejó de la realidad de este mundo

hasta que, apagada la llama de su existencia, dulcemente, despertó a la verdad, siempre eterna, de la vida que no acaba.

Ni el lápiz, ni el tiralíneas, discurren ahora por el papel dando cauce a la inspiración de su genio creador. Para siempre su corazón, —siempre lo fue, pero ahora sin misterios—, es trono y custodia, retablo y altar de Dios, labrado con las filigranas del amor más puro del hijo amante.

Así lo creemos.

Siendo Dios justo y humano el errar, os invito a que elevéis una oración por su alma.

Pedid, también, al Señor de la misericordia que mande muchas y buenas vocaciones de coadjutores, al estilo del señor Mestre, para que siga habiendo altares sobre la Tierra donde poder consagrarse y coronar corazones que le amen.

Rogad también por vuestro afmo. en San Juan Bosco.

FRANCISCO OLIVÁN
DIRECTOR

DATOS PARA EL NECROLOGIO: Coad. Gaspar Mestre Beltrán. Nació en Forcall (Castellón de la Plana) el 9 de marzo de 1888. Murió en Barcelona-Sarriá el 14 de enero de 1962.

Sr. D.

IMPRESOS